

Lucchetti Bingemer, María Clara

Diadorín: La que es “dada a Dios” y el amor resucitado

VI Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología
“El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”
Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Teología – UCA
Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Lucchetti Bingemer, María C. “Doadorín : la que es “dada a Dios” y el amor resucitado” [en línea]. Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología “El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”, VI, 17-19 mayo 2016. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras. Facultad de Teología ; Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología, Buenos Aires. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/diadorin-amor-resucitado-bingemer.pdf> [Fecha de consulta: ...]

DIADORÍN: LA QUE ES “DADA A DIOS” Y EL AMOR RESUCITADO

María Clara Lucchetti Bingemer

*Grande Sertão: Veredas*¹ es considerada no solamente la obra maestra del gran escritor brasileño Joao Guimarães Rosa. Es asimismo considerada por muchos críticos y escritores la mayor obra novelesca en la literatura brasileña y una de las mayores a nivel del continente. Ha sido, a lo largo de su historia, ocasión de reflexiones diversas provenientes de diferentes campos y áreas del saber. *Grande Sertão* ha sido alabada de diferentes modos por escritores brasileños de primer nivel e inclusive comparada con la Biblia, por ejemplo, por la gran poeta Adelia Prado.²

No asombra pues que la Teología se sienta igualmente interpelada por el drama de amor y odio, de salvación y perdición que constituye la saga del yagunzo³ Riobaldo, su deseo de amar, sus encuentros y desencuentros, y mayormente su amor por Diadorín, que va a constituir – en nuestra interpretación – su epifanía mayor sobre el sentido de la vida.⁴

Empezaremos con una breve reflexión teológica sobre el problema del bien y del mal en la tradición cristiana. En seguida, veremos cómo se configura el relato de Riobaldo, confesional y testimonial al que lo escucha que es al mismo tiempo el lector/oyente sobre la ambigüedad que vive en su interior de tinieblas y luz hasta que el amor por Reinaldo/Diadorín empieza a removerle las emociones y las entrañas

¹ La versión española que usamos es *Gran Sertón: Veredas*, Barcelona, Seix Barral, 1965, a partir de ahora citada como GSVesp. Pero los trechos del libro que citamos, lo haremos de la edición brasileña es de la editorial Nova Aguilar, 1994, on line. En la nota, pondremos una traducción libre de mi autoría.

² Cf A. PRADO: *Tudo que invento já foi dito/ nos dois livros que eu li: as escrituras de Deus/ e as escrituras de João/ Tudo é Bíbias. Tudo é Grande Sertão*, in *Bagagem*, Imago, 1976, p 82

³ En portugués: “jagunço”. Según GSVesp, p 463, “en un principio se dio este nombre a los individuos fanáticos que, a últimos del siglo XIX, se sublevaron, fijando su sede de operaciones en Canudos... Por extensión, se llamó así a los componentes de grupos o bandas puestos al servicio de los políticos locales o regionales y a quienes eran opuestos a ellos por los grandes hacendados del interior. Dados sus particulares caracteres sociológicos, es preciso no confundirlos con los cangaceiros ni con los simples bandidos o salteadores. La historia del yaguncismo, aun por hacer, revelara hechos importantes de la historia política brasileña.

⁴ Indicamos aquí algunas obras de diversos autores provenientes del psicoanálisis y la literatura que también consideran ese amor como tema central de la obra: Joyce Anitagrace, *O nome da filha: Sexualidade, identidade e o ato de narrar em Grande Sertao: Veredas*, *Luzo-Brazilian Review*, vol 42, number 2 (2005) pp 110-133; Claudia Falluh Balduino Ferreira, “ Diadorim, Meu Amor” ou o Narciso afogado: o mito do androgino e ritos de passagem em Grande Sertao: Veredas, *Revista Criacao e Critica* n. 8, (abril 2012) pp 33-46 (disponible en www.fflch.usp.br/dlm/criacaoecritica/dmdocuments/CC_NO8_CFBFerreira.pdf, acceso en 27/04/2016); Marcia Tiburi, *Diadorín: biopolitica e genero na metafisica do Sertao*, *Estudos Feministas*, Florianópolis, 21 (1): 424, (janeiro-abril/2013) pp 191-207;

obligándolo a discernir lo que le pasa. En seguida, procuraremos delimitar cómo la experiencia amorosa de Riobaldo y Diadorín se configura como experiencia trascendental, sobrepasando lo que es la común atracción entre seres humanos. El clímax de este proceso es la revelación del verdadero misterio de la identidad de Diadorín, hasta entonces cubierto por una “neblina” que trae el sello de un amor místico “a Dios dado”. Esperamos concluir demostrando que la teología no es demonología, sino itinerario para descubrir la inconsistencia del demonio en una entidad que personifica el mal. El hombre humano con que termina Riobaldo su confesión llega a su plenitud con la experiencia del amor “a Dios dado”.

La vida humana: entre el mal y el amor

Desde los primeros momentos de su existencia, la fe cristiana – siguiendo todas las religiones y visiones de mundo – se debate en el intento de explicar el problema y la existencia del mal sobre la tierra. La creencia judeo-cristiana en un Dios trascendente y creador, que cuida a sus criaturas con tierno amor y desvelo y que es justo por sobre todas las cosas, no se compagina fácilmente con la existencia del mal, la injusticia, la violencia y el dolor sin remedio en las cuales están irremediablemente envueltas la creación y la vida humanas.

El problema, por lo tanto, no es inaugurado por el cristianismo. Ya había sido pensado por la filosofía griega 300 años antes del surgimiento del cristianismo. Y, en verdad, mucho antes de los griegos, por tantos mitos y religiones ancestrales, dando vueltas con los males de este mundo y con los dioses del otro; pues el exceso de mal genera equivalencia en el exceso de bien. Y de este último solo los dioses pueden fruir y gozar. Un resumen paradigmático de lo que está expuesto arriba es, por ejemplo, la clásica proposición de Epicuro:

“O Dios quiere eliminar el mal del mundo, pero no puede; o puede, pero no quiere hacerlo; o no puede ni quiere hacerlo; o puede y quiere eliminarlo. Si quiere y no puede, es impotente; si puede y no quiere, no nos ama; si no quiere y ni puede, además de no ser un Dios bondadoso, es impotente; ¿si puede y quiere – y es esta la única alternativa que, como Dios, le dice respeto – de donde viene, entonces, el mal real y por qué no lo elimina de una vez por todas?”⁵

Resolver esta difícil cuestión por la negación de la existencia de Dios no es camino que prometa fecundidad. La existencia o inexistencia de los dioses no elimina

⁵ibid.

el dolor físico o moral o aun el vacío que queda después de la muerte de un ser querido. Además, muchos, en el pasado, debe haber intentado esa solución. Pero se han deparado con la siguiente ponderación de Boecio, filósofo de los inicios de la Edad Media, que así ha anotado en *La consolación de la filosofía*: “Si Dios existe, ¿de dónde viene el mal? Pero, si no existe, ¿de dónde viene el bien?”⁶

La teología ha identificado tres tipos de mal: el físico, el moral (padecido o cometido) y el mal metafísico.⁷ La obra de Guimarães Rosa que ahora exploramos nosotros presenta ejemplos vivos de todos ellos. Y el personaje de Riobaldo Tatarana intenta siempre hacer la travesía de aquel dolor.⁸

El mal físico consiste antes de todo en el dolor. *Grande Sertão: Veredas* tematiza la existencia de ese dolor de la naturaleza perceptible en las deformaciones de los animales domésticos, en las raíces y frutos venenosos, que no alimentan sino matan, en los animales salvajes, en las piedras que envenenan las aguas. Según dice el personaje central de la novela, Riobaldo:

“...o sertão está cheio desses...Porque existe dor. E a vida do homem está presa encantoadá – erra rumbo, dá em aleijões como esses, dos meninos sem pernas e braços. Dor não dói até em criancinhas e bichos, e nos doidos – não dói sem precisar de se ter razão nem conhecimento?...O senhor não vê? O que não é de Deus é estado do demônio.”⁹

En cuanto al mal moral, encuentra su cuna en la libertad humana. En el libro de Rosa aparecen diversos personajes que hacen y cometen el mal, siembran violencia, dominan a los más débiles, matan por el sencillo placer de matar. Las dos figuras mayores de la encarnación de este mal son Hermógenes y Ricardão, quienes dejan un lastro de sangre por donde pasan. Pero el héroe rosiano es lúcido y ve el mal en sí mismo también, en sus intenciones, acciones y operaciones. Experimenta la seducción del mal y se siente impulsado a practicarlo, aun sin entender el porqué y la razón. Se descubre entonces humano y teme la ambivalencia de su libertad. Identifica esa mezcla de claro y oscuro, de luz y tinieblas que configura el fondo más profundo del corazón

⁶ Citado por A. SOARES, op. cit. , p. 13

⁷ El gran filósofo francés ya fallecido, Paul Ricoeur, enfrenta esta cuestión en varios de sus trabajos: Cf. *Le mal: Un défi à la philosophie et à la théologie*. Ginebra: Labor et Fides, 1986; *Philosophie de la volonté. Tome II: Finitude et culpabilité*, Aubier, 2 volumes, 1960.; *La symbolique du mal*, Paris, Aubier-Montaigne, 1963

⁸ Cf. el artículo de Sebastiao Trogo, A Travessia da Dor no Grande Sertao: Veredas, in <https://periodicos.ufsc.br/index.php/travessia/article/download/17354/15922>, acceso en 27/04/2016

⁹ J.G. ROSA, *Grande Sertão: Veredas*, Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 2001 , 19ª. ed., pp 47-48 “ El Sertón está lleno de esos... Porque existe el dolor. Y la vida del hombre está presa encajonada–erra rumbo, genera monstruos como esos, de los niños sin piernas y brazos. ¿El dolor no duele hasta en niños pequeños y animales y en los locos – no duele sin necesitarse razón ni conocimiento? ¿No lo ve usted? Lo que no es de Dios es estado del demonio.”

humano; “...a água só é limpa é nas cabeceiras. O mal ou o bem estão é em quem faz; não é no efeito que dão. “¹⁰

Sin embargo, el libro de Guimarães Rosa va a tratar igualmente del mal metafísico. Este aparece – según algunos autores y comentaristas -¹¹ en la melancolía y depresión que se hace compañera fiel y constante de Riobaldo. El héroe toca la experiencia de la precariedad de la vida, la transitoriedad de las cosas, de la finitud humana. Palpa la negatividad del mundo, la nada de la existencia, el absurdo y la falta de sentido.¹²

El inventivo y neológico lenguaje rosiano crea infinitas expresiones para traducir la experiencia, que es de Riobaldo, pero también de todo ser humano, ser de lenguaje, callado por la presencia de lo absurdo y del sinsentido. La expresión “*nonada*” – negativo de lo negativo –, que abre la narrativa y la acompaña, reapareciendo aquí y allí, deja Riobaldo perplejo y lo hace estremecer e exclamar: “*A gente só sabe bem aquilo que não entende*”¹³ “*...tudo é desordem*”.¹⁴

Y aquello que no se entiende – misterio y enigma – es lo que hace la humanidad debatirse siempre con el problema y la cuestión del mal, sin conseguir solucionarla. ¿Por qué, entonces, jamás ha desistido ni desiste? Sencillamente porque preguntarse sobre el mal es preguntarse sobre el sentido de la vida y del mundo. Preguntarse por el mal es preguntarse por la finitud no aceptada, por la muerte no deseada y a pesar de eso, inevitable, por el absurdo de la muerte del inocente, del sufrimiento del justo, de los accidentes varios, de las enfermedades degenerativas, de las violencias todas de cada día, que dejan un rastro de sangre y víctimas detrás de sí, de los dolores inexplicables y presentes eternamente a lo largo del tiempo inclemente, que no los mitiga ni los redime. Y es también preguntarse por qué, parafraseando el apóstol Pablo, cada ser humano incluyendo yo mismo, tantas veces “*faço o mal que não quero e não faço o bem que quero*.”¹⁵

¹⁰Ibíd. P 81 “El agua solo es limpia en las cabeceras. El mal o el bien están en quien hace; no en el efecto que dan. “

¹¹Cf. I. BRESSIANI, “ O diabo não há. Existe é homem humano! ” Apontamentos sobre o demônio em Grande Sertão Veredas, *Estudos Bíblicos* (2002)

¹² Cf lo que dice Eduardo F. Coutinho, Logos y mythos en el universo narrativo de Grande Sertão:

Veredas, *Segunda Etapa*, vol. 12, n. 14 (2008) pp 103-116 sobre el hecho de Guimarães Rosa pasar más allá de la racionalidad occidental en su narrativa.

¹³ Ibíd. P 332

¹⁴ Ibíd. P 346 “Uno solo sabe bien aquello que no entiende... ¡todo es desorden!”

¹⁵ Cf. Carta a los Romanos 7, 15 “Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco.”

El mal es el sinsentido y es justamente por eso que el ser humano siente necesidad de descubrir para él un sentido más allá o a pesar de los dolores de este mundo.

En verdad, hay una gran pluralidad de cosmovisiones que subyacen a las explicaciones del mal y del maligno. Y así es porque también son plurales las antropologías que las presiden, o sea, las formas como el ser humano se entiende a sí mismo y a su relación con el otro, con el mundo y con Dios. *Grande Sertão: Veredas* trae una cosmovisión y antropología, que puede caer bajo varias interpretaciones. La nuestra será la de la teología cristiana, más concretamente en el área de la antropología teológica. El dialogo entre literatura y teología podrán quizás darnos una ayuda más para avanzar en la comprensión de la realidad tan compleja del bien y del mal y de la búsqueda y la experiencia del amor como sentido para la vida humana.

Riobaldo: el ser humano entre Dios y el diablo

La aventura narrada por el yagunzo Riobaldo al doctor que lo escucha viene teniendo varias interpretaciones por parte de muchos y múltiples estudiosos, de diferentes áreas de conocimiento, que se sintieron provocados e interesados sobre la obra maestra de Guimarães Rosa.¹⁶ Aquí, buscaremos darle una interpretación que proviene de la antropológica teológica cristiana,¹⁷ en la cual consideramos Riobaldo como prototipo del ser humano, que se debate a lo largo de toda su vida entre el bien y el mal, entre gracia y pecado, entre Dios y el Diablo.

En esa vida conflictiva, el amor viene a su encuentro en más de una forma: hecho deseo sexual por la prostituta Rosu'arda, la candente Nhorinha; reposado y tranquilo hecho matrimonio y familia en Otacilia; y pleno, totalizante, rayando el absoluto, con Diadorín. Este último generara dificultades, conflictos y tormentos para Riobaldo, una vez que el bello/bella Reinaldo/Diadorín es plural en forma y género y el

¹⁶Ha marcado época — y hoy está agotado — el libro *Fortuna crítica — Guimarães Rosa*, organizado por Eduardo de Faria Coutinho, con textos de Renard Perez, Emir Rodriguez Monegal, Günther Lorenz, Pedro Xisto, Tristão de Ataíde, Álvaro Lins, Ângela Vaz Leão, Rui Mourão, Augusto e Haroldo de Campos, entre otros. Hay todavía la bibliografía organizada por Plínio Doyle, en 1968, para el libro *Em memória de Guimarães Rosa*, con mas de 50 páginas de estudios realizados no Brasil e exterior.

¹⁷No pretendemos que la nuestra sea la única. Citamos por ejemplo, igualmente *Danjone Regina Meira*, O Sagrado Em Grande Sertão: Veredas: Uma Leitura Teológica Da Obra De Guimarães Rosa, in *Contemplação. Revista acadêmica de Filosofia e Teologia da Faculdade Joao Paulo II*, 5, (2012) in <http://fajopa.com/contemplacao/index.php/contemplacao/article/view/33> acessado em 20 /4/2016 entre otros.

yagunzo se siente disconforme en su identidad de macho, interrogándose sobre la legitimidad de aquel sentimiento.

“ Mas, assim como sendo, o amor podia vir mandado do Dê? Desminto. Ah – e Otacília? Otacília, o senhor verá, quando eu lhe contar – ela eu conheci em conjuntos suaves, tudo dado e clareado, suspendendo, se diz: quando os anjos e o vão em volta, quase, quase. A Fazenda Santa Catarina, nos Buritis-Altos, cabeceira de vereda. Otacília, estilo dela, era toda exata, criatura de belezas. Depois lhe conto; tudo tem o tempo. Mas o mal de mim, doendo e vindo, é que eu tive de compensar, numa mão e noutra, amor com amor. Se pode? Vem horas, digo: se um aquele amor veio de Deus, como veio, então – o outro?... Todo tormento. Comigo, as coisas não têm hoje e anfontem amanhã: é sempre. Tormentos. Sei que tenho culpas em aberto. Mas quando foi que minha culpa começou? O senhor por ora mal me entende, se é que no fim me entenderá. Mas a vida não é entendível. ”¹⁸

A lo largo de ese embate, que tiene la forma exterior de la violencia y la brutalidad, del yagunzaje y su olor a muerte, entremezclada y atravesada por el amor y la belleza y el deseo de santidad, Riobaldo hace, en verdad, el viaje, - travesía – al fondo de sí mismo. Y en el sí mismo encuentra el otro y hace un acercamiento conclusivo al misterio de Dios y del ser humano. Enfrentase igualmente con la pregunta por la existencia del diablo, que va, en el imaginario rosiano, sintetizar la esencia de los tres tipos de mal que acosan la existencia: el mal físico, moral y metafísico. En la medida en que la presencia del demonio, del diablo, aparece latente en el interior de Riobaldo, este va sintiendo que ella se incorpora en lo humano y lo suspende sobre un abismo desde donde se insinúan todos los matices del mal. Desde ahí, sucede la confrontación inevitable entre el ser humano y Satanás, donde lo humano se verá enfrentado con la propia vacuidad de sentido.

En este viaje – travesía – jamás las cosas sobre el bien y el mal, el amor y el odio, la vida y la muerte van a estar claras y discriminadas para el yagunzo Riobaldo, que se convierte en tal al vagar sin destino – hecho *un pobre niño del destino* -¹⁹ después de descubrir ser hijo natural de aquel que creía ser su padrino, Selorico Mendes; perdido sin madre ni padre, que sigue cualquier “viajero como perro flaco en punto de rancho” ;²⁰ después de vivir al lado del estanciero Ze Bebelo, que combate los

¹⁸ Grande Sertão Veredas, p 191: “Pero así como siendo, usted puede vivir mandado por el De (Demonio)? Desmiento. ¿Ah, - y Otacília? Otacília usted vera cuando le cuente. – a ella yo la conocí en conjunto suaves, todo dado y clareado, suspendiendo, se dice: cuando los ángeles y el vuelo alrededor, casi, casi. La Hacienda Santa Catalina, en los Buritis-Altos, cabecera de vereda. Otacília, estilo de ella, era toda exacta, creatura de bellezas. Después le cuento; todo tiene su tiempo. Pero el mal de mí, doliendo y viniendo, es que he tenido que compensar, en una mano y en otra, amor con amor. ¿Se puede? Vienen horas, digo: ¿si uno aquel amor vino de Dios, como vino, entonces – el otro? Todo tormento. Conmigo, las cosas no tienen hoy y tampoco mañana; es siempre. Tormentos. Sé que tengo culpas en abierto. ¿Pero cuando fue que mi culpa empezó? Usted por ahora me entiende mal, si es que al final me entenderá. Pero la vida no es entendible. “

¹⁹ GSV p 18

²⁰ ibid p 193

yagunzos en nombre del poder oficial; hasta reencontrar el Niño, cuya figura marcará su infancia y que ahora es un hombre y tiene un nombre público – Reinaldo – pero cuya identidad está en la revelación del verdadero nombre, pronunciado en secreto apenas al oído y por los labios de Riobaldo: Diadorín.²¹

La opción por convertirse en yagunzo, empuñar armas, herir y matar se desarrolla al mismo tiempo en que crece, en paralelo, el amor por Diadorín, que confunde y casi exaspera al macho Riobaldo. El hombre que este es se confunde al percibir, en el fondo de sí mismo, enlazadas, las pulsiones de la vida y de la muerte, de la belicosidad que lo hace participar del grupo de yagunzos que mata y, al mismo tiempo, de la compasión que lo hace interceder por la vida de Joca Ramiro, cuando este es llevado a juicio después de derrotado por Hermógenes y Ricardão.

Riobaldo se confunde, también y, sobre todo, al constatar que lo que siente por Diadorín es más que compañerismo y amistad. Es amor y esto no es sentimiento que, en su visión del mundo, un hombre pueda sentir por otro. El misterio de la persona que es Reinaldo/Diadorín –que cuando herido desaparece y no revela donde estuvo; que recibiendo la noticia de la muerte de Joca Ramiro se desmaya y se despierta apenas a tiempo de rechazar la mano seducida de Riobaldo, prestes a abrirle el chaleco de cuero, que lava ropa mejor que todos los del bando– atrae y amedrenta al yagunzo.

El amor: una experiencia tremenda y fascinante

El humano Riobaldo está viviendo ahí el proceso de enfrentarse con algo que pertenece a una esfera mayor y más allá de sí mismo: la esfera de lo inexplicable, de lo Transcendente, lo Sagrado y lo Santo. La criatura humana, limitada, delante de la

²¹ Cf. lo que dice Karina Rocha en su disertación *Veredas Do Amor No Grande Sertão: A relação amorosa de Riobaldo e Diadorín*, UFES, 1998: Las varias posibilidades de interpretación del nombre DIADORÍN: caleidoscopio en miniatura de reverberaciones semánticas apuntan hacia su naturaleza ambigua, permitiendo leer el personaje como luz (Di = Deus) y tiniebla (Día = Demo), quien adora y quien carga con el dolor, neblina que solamente se disipa con la muerte, cuando se convierte en “A Dios dada” (GSV, 559). La autora levanta también la hipótesis de pensar la novela rosiana como un rescate de historia medioeval: “Joca Ramiro era único hombre, par-de-Francia, capaz de cuidar ese Sertón nuestro, mandado por ley de sobre gobierno. “(GSV, 41) - referencia explícita a la Chanson de Roland, además de otras que se encuentran en el texto, como el momento en que Riobaldo se compara a Guy de Borgoña (GSV 776) Tomando por base esa referencia, Diadorín puede ser leída como la figura de la Doncella que se viste de hombre y va a la guerra, figura de la literatura popular del Medio Evo.

epifanía de aquello que no consigue explicar y que lo posee y atrae en todas las dimensiones de su ser, y que al mismo tiempo se reviste de mediación al alcance de los sentidos, siente atracción irresistible y temor irrefrenable. El *mysterium fascinans* es igualmente *mysterium tremendum*, y delante de él tiembla y se hace frágil todo el universo.²²

Pero paralelamente a eso, Riobaldo se vuelve hacia lo que lo atrae de otro lado, tentado a hacer la misma travesía que Hermógenes: vender su alma al diablo, hacer con él un pacto, a fin de ganar victorias en las batallas, como el mismo Hermógenes conseguía. Invoca al diablo, creyendo ser escuchado. Y se lanza a la lucha encarnizada para vencer y aniquilar el bando rival y a los asesinos de Joca Ramiro.

Como nuevo Fausto, Riobaldo parte para el combate con la convicción de que el diablo lo llevará a la victoria. Y tiene la osadía de hacer la travesía del río y atacar la estancia de Hermógenes. Pero, al encaminarse hacia la batalla final, mal sabe que lo que lo espera allí no es la victoria del yagunzaje, sino la revelación dramática del amor.

Lo que experimenta Riobaldo inquieta constantemente los estudiosos de la religión. La experiencia que tiene trae consigo una inconmensurabilidad entre todo lo que sea racional y el conjunto de fenómenos referenciales a la experiencia propiamente dicha. No radica, por lo tanto, ni en el orden de la verdad de la metafísica, ni de la ética y la razón práctica. Es irreductible en términos de idea, concepto, noción abstracta o precepto moral. Todas estas operaciones del pensamiento son demasiado “pacíficas” para ser adecuadas a aquello que explota cuando lo Absoluto –que nosotros en Teología llamamos Dios– se manifiesta en una experiencia singular, que escapa al sentido común.

Se trata de una experiencia terrible y devastadora para aquel sobre el cual se derrama. El dolor no está ausente de ella, por el contrario, es sentido acerbamente y exigirá una travesía, como la que el mismo Riobaldo será llamado a realizar. Corresponde a lo que la carta a los Hebreos 10,31 llama de “Dios vivo”, un poder totalizante y avasallador que escapa a toda mediación mental u organizadora de sentido.

Alguien, un ser singular es súbitamente puesto en presencia de una realidad irreductible a todo que conlleva del orden del cosmos o de lo humano. Y provoca por un lado un sentimiento de miedo, pavor, terror sagrado (*mysterium tremendum*) y de otro una atracción irresistible, un ser arrancado de la vida ordinaria, una urgencia de “ver” aun con el riesgo de morir (*mysterium fascinans*).

²² Cf. R. OTTO, *Lo Santo. Lo Racional y lo irracional en la idea de Dios*, Madrid, Alianza Editorial, 1980

Rudolf Otto llama a eso experiencia “numinosa”.²³ Esta nominación viene del brusco acceso de aquel que la experimenta, a una realidad que ninguna categoría puede delimitar. Es la experiencia de relación entre dos órdenes, dos tipos, dos niveles de realidad, uno superior y otro inferior. Es un poder tan radicalmente “otro” que es vivido como un “estar al borde del abismo” oscilando en su propia nada.²⁴

Para respaldar lo que decimos cuando aplicamos la categorización de Rudolf Otto al amor entre Riobaldo y Diadorín, citamos Georges Bataille²⁵ quien ratificara lo que dice Otto al intentar liberar lo que se entiende por experiencia mística de los límites confesionales e institucionales. Así, Bataille entiende por experiencia mística toda experiencia que hace el ser humano al tocar el borde de los confines de la existencia y del mundo, así como los extremos de su mismo ser humano.

Deseamos sostener aquí que el amor entre Riobaldo y Diadorín contiene elementos de esa experiencia de lo numinoso y del absoluto de que hablan Otto y Bataille. Es una experiencia velada por la carne, por la indefinición de género, por la conflictividad de la vida y la presencia del mal. Pero una experiencia totalizante que finalmente se revelara en cuanto tal.

Diadorín: ... neblina... misterio del amor

Así es, nos parece, la experiencia que va describir Guimarães Rosa como vivida por el yagunzo Riobaldo, que tomamos como prototipo de todo ser humano, en su afán de experimentar, tocar y descubrir la raíz del mal y del amor, de Dios y del diablo. Rasgado entre el amor por Diadorín, que va en contra de todas las reglas y parámetros de la normalidad, Riobaldo se contuerce y se debate: “*De que jeito eu podia amar um homem, meu de natureza igual, macho em suas roupas e suas armas, espalhado rústico em suas ações? Me franzi. Ele tinha a culpa? Eu tinha a culpa(...) O sertão não tem janelas nem portas.*”²⁶

El numen, el misterio, atrae irresistiblemente Riobaldo y le da mucho miedo. Y ese misterio es Diadorín y los sentimientos que en él provoca, Diadorín que es un lindo

²³ Según Rudolf Otto lo numinoso es el sentimiento único vivido en la experiencia religiosa, la experiencia de lo sagrado, en que se confunden la fascinación, el terror y el aniquilamiento.

²⁴ En la estela de Otto, encontramos autores como Mircea Eliade e Carl Gustav Jung.

²⁵ G. BATAILLE, *A experiencia interior*, SP, Atica, 1992, pp 13-14; 131-133

²⁶ *Grande Sertão Veredas*, p 511 “De qué manera podría yo amar un hombre, mío de naturaleza igual, macho en sus ropas y sus armas, ¿despilfarrado rustico en sus acciones? Me arrugue. ¿Él tenía la culpa? Yo tenía la culpa (...) El Sertón no tiene ventanas ni puertas.”

mozo de ojos verdes, de su mismo sexo, Reinaldo. Diadorín, que él ama como un hombre puede amar locamente una mujer, pero que permanece para él velada por el misterio indescifrable. Así, desde el comienzo de su narrativa, Riobaldo trae la historia de su amor envuelto en misterio y la narra a su oyente, al doctor que lo escucha: *Amor vem de amor. Digo. Em Diadorín, penso também – mas Diadorín é a minha neblina...*²⁷ Delante de ese misterio que lo atrae y le da miedo, Riobaldo experimenta los sentimientos religiosos de reverencia, de respeto, de obediencia y adoración hecha de temor, asombro y sentimiento de la propia indignidad.

Diadorín, duro sério, tão bonito, no relume das brasas. Quase que a gente não abria boca; mas era um delém que me tirava para ele – o irremediável extenso da vida. Por mim, não sei que tontura de vexame, com ele calado eu a ele estava obedecendo quieto. Quase que sem menos era assim: a gente chegava num lugar, ele falava para eu sentar; eu sentava. Não gosto de ficar em pé. Então, depois, ele vinha sentava, sua vez. Sempre mediante mais longe. Eu não tinha coragem de mudar para mais perto.²⁸

En el tiempo posterior, cuando se encuentra narrando la historia, Riobaldo reconoce que desde que conoció a Diadorín, el mundo ha quedado impregnado de la presencia de ese/esa que le ha conquistado el corazón y le ha mostrado qué cosa es el amor. *Diadorín me pôs o rastro dele para sempre em todas essas quisquilhas da natureza. Sei como sei. Som como os sapos sorumbavam.*²⁹ Y aún: “ Relembro *Diadorín. Minha mulher que não me ouça. Moço: toda saudade é uma espécie de velhice.*³⁰

Diadorín y Riobaldo comparten sus más profundos sentimientos: de parte de Riobaldo el deseo que no consigue dominar, pero que rechaza; su cuerpo que vibra por la cercanía del “compañero”. Por parte de Reinaldo/Diadorín el deber que siente de vengar la muerte de Joca Ramiro, su padre; deseo que se ha convertido en la obsesión de su vivir. Riobaldo sufre con esa obsesión del compañero.

Só que coração meu podia mais. O corpo não traslada, mas muito sabe, adivinha se não entende...“Ta que, mas eu quero que esse dia chegue!” – Diadorín dizia. – “Não posso ter alegria nenhuma, nem minha mera vida mesma, enquanto aqueles dois monstros não forem bem acabados...” E ele suspirava de ódio, como se fosse por amor; mas, no mais, não se alterava. De tão grande, o dele não podia mais ter aumento: parava sendo um ódio sossegado. Odio com paciência; o senhor sabe? E, aquilo forte que ele sentia, ia se pegando em mim – mas

²⁷ ibíd. p 27 “Amor viene de amor. Digo. En Diadorín pienso también – pero Diadorín es mi neblina”

²⁸ ibíd. p 33” Diadorín, duro serio, tan bonito, en la luz de las brasas. Casi que no abríamos la boca; pero era un hechizo que me tiraba para el – el irremediable extenso de la vida. Por mí, no sé qué tontura de vergüenza, con el callado yo a él estaba obedeciendo quieto. Casi que sin menos era así: llegábamos a un lugar, él decía que me sentara; yo me sentaba. No me gusta estar en pie. Entonces, después, él venía se sentaba, su vez. Siempre para ir más lejos. Yo no tenía coraje de moverme más cerca. “

²⁹ ibíd. “Diadorín me ha puesto su rastro para siempre en todas esas quisquilhas de naturaleza. Sé cómo sé. Sonido como los sapos zumbaban.”

³⁰ ibíd. 49 “Rememoro Diadorín. Mi mujer que no me escuche. Señor: toda nostalgia es una especie de vejez.”

não como ódio, mais em mim virando tristeza. Enquanto os dois monstros vivessem, simples Diadorín tanto não vivia.³¹

El amor es para Riobaldo una mezcla de interdicto y atracción contenida. Y precisamente por eso, por intentar compatibilizar dos polos incompatibles es que se hace más agudo y casi insoportable. Riobaldo describe ese deseo/amor que lo atormenta, hecho de celos, incertidumbre, desorientación, desavenimiento.

“...o que compunha minha opinião era que eu, às loucas, gostasse de Diadorín, e também, recesso dum modo, a raiva incerta, por ponto de não ser possível dele gostar como queria, no honrado e no final. Ouvido meu retorcia a voz dele. Que mesmo, no fim de tanta exaltação, meu amor inchou, de empapar todas as folhagens, e eu ambicionando de pegar em Diadorín, carregar Diadorín nos meus braços, beijar, as muitas demais vezes, sempre.”³²

Cuando él lo toca, en el brazo, en la mano, y el deseo lo hace vibrar, toda discordancia es vencida y Riobaldo se rinde a ese amor que no puede controlar.

Tinha tornado a pôr a mão na minha mão, no começo de falar, e que depois tirou; e se espaçou de mim. Mas nunca eu senti que ele estivesse melhor e perto, pelo quanto da voz, duma voz mesmo repassada. Coração – isto é, estes pormenores todos. Foi um esclare. O amor, já de si, é algum arrependimento. Abracei Diadorín, como as asas de todos os pássaros. Pelo nome de seu pai, Joca Ramiro, eu agora matava e morria, se bem.³³

Una cosa más, misteriosa, une Riobaldo y Diadorín: la condición de huérfanos, el de madre, ella de padre.³⁴ Mucho de la personalidad conflictiva y atormentada del yagunzo se explica por la falta de la maternidad, del cariño, de la suavidad de la presencia materna; Diadorín, por su lado, quiere vengar al padre, muerto por el otro bando de yagunzos. Pero ambos tienen, por su misma huerfanidad, un destino en común. *Mas Diadorín estava a suaves. – “Olha, Riobaldo” – me disse – “nossa*

³¹ Ibíd. p 35 “Solo que el corazón mío no podía mas. El cuerpo no traslada, pero mucho sabe, adivina si no entiende...” ¡Si, pero yo quiero que ese día llegue!” – Diadorín decía – “No puedo tener ninguna alegría, ni mi mera vida misma, en cuanto aquellos dos monstruos no fueren bien acabados...” Y el suspiraba de odio, como si fuera por amor; pero en lo demás, no se alteraba. De tan grande, lo de él no podía más tener aumento: paraba siendo un odio sosegado. Odio con paciencia; ¿sabe usted? Y, aquello fuerte que él sentía, se iba pegando a mí – pero no como odio, más en mí convirtiéndose en tristeza. En cuanto los dos monstruos vivieran, simple Diadorín tanto no vivía. “

³² ibíd. p 47 “...lo que componía mi opinión era que yo, a lo loco, quisiera Diadorín, y también, recesso de un modo, la rabia incierta, por no ser posible quererlo como quería, en la honradez y en el final. Mi oído se retorcia con la voz de él. Que aún, al final de tanta exaltación, mi amor a henchido, empapando todas las hojas, y yo ambicionando agarrar a Diadorín, cargar a Diadorín en mis brazos, besarlo, las muchas demás veces, siempre. “

³³ ibíd. 50 “Había de nuevo puesto la mano en mi mano, en el inicio de hablar, y que después la sacó; y se alejó de mí. Pero yo nunca sentí que él estuviera mejor y cerca, por él cuanto de la voz, de una voz mismo repasada. Corazón – esto es, todos estos pormenores. Ha sido un alumbramiento. El amor, ya de sí, es algún arrepentimiento. Abracé a Diadorín, como las alas de todos los pájaros. Por el nombre de su padre, Joca Ramiro, yo ahora mataba y moría, si bien.”

³⁴ Cf. o texto de Joyce Anitagrace, O nome da filha: sexualidade, identidade e o ato de narrar em Grande Sertao: Veredas, *Luso-Brazilian Review*, 42, 2 (2005) pp 110-133

destinação é de glória. Em hora de desânimo, você lembra de sua mãe; eu lembro de meu pai...”³⁵

La misión que brota de la orfandad y que consistirá en eliminar el mal (personificado por Hermógenes, asesino de Joca Ramiro) y hacer reinar el bien, toma y conlleva la totalidad de la vida de los dos personajes. Es esta que va apuntar para el destino que los espera: de gloria y no de pasión, aunque la pasión sea un pasaje - pascua, pessach - necesario para la definitiva travesía.

Diadorín o la revelación del amor “a Dios dado”³⁶

Cuando los bandos – de Hermógenes y de Joca Ramiro - se enfrentan, la última visión que Riobaldo tiene es la de la sangre que mana del cuello de Hermógenes, acuchillado por Diadorín. Última porque pierde el conocimiento y, al despertarse, lo que se le ofrece a los sentidos es el cuerpo muerto de Diadorín. Y la revelación es, al mismo tiempo, la que legitima su amor y enloquece su razón: Diadorín es mujer, su amor es permitido y no prohibido. Él podría amar Diadorín sin culpa, pero ahora ella está muerta.

Diadorín es hija de Joca Ramiro y su nombre de pila es Maria Deodorina da Fe Bettancourt Marins. Deo-dorina: con Dios y dolor se teje el nombre de aquella que va a arrancar de Riobaldo la confesión de amor, que ya no puede ser escuchada por la amada muerta: “*Diadorín, Diadorín, oh, meus buritizais levados de verdes...Buriti do ouro da flor...Mas aqueles olhos eu beijei, e as faces, a boca.*”³⁷ Y el grito que le sale del pecho es uno solo: “*E eu não sabia por que nome chamar e eu exclamei, me doendo: Meu amor*”³⁸

³⁵ ibíd. 57 Pero Diadorín estaba suave – “Mira, Riobaldo” – me dijo – “nuestro destino es de gloria. En hora de desánimo, tú te acuerdas de tu madre; yo me acuerdo de mi padre.”

³⁶ Sobre la revelación de lo femenino de Diadorín en la muerte, cf. Clara Rowland, La muerte en tránsito ficción y reconocimiento en Gran Sertón: Veredas de Joao Guimaraes Rosa, *Verbum Analecta Neolatina* XIII/1, pp 208-224; Marcia Tiburi, Diadorín: biopolítica e gênero na metafísica do Sertão, art. Cit, p 194 .202

³⁷ Ibid p 615 “Diadorín, Diadorín, oh mis buritizales llevados de verdes... Buriti del oro de la flor...Pero aquellos ojos yo he besado, y la cara, la boca. “ Cf la bella reflexión de Claudia Falluh in art. Cit p 43: “ La visión de Diadorín muerto y revelado es un momento de explosión donde Riobaldo, estupefacto delante de lo que constituye la mayor epifanía femenina del texto, no consigue nombrarlo, nada consiguiendo decir... Deslumbre, la aparición de la luz está en la propia composición del nombre Diadorín, que podemos leer como *Diosa de oro* (del latín: dea-diosa+auro=oro), oro que está presente en el lamento de Riobaldo: Buriti del oro de la flor...” (traducción mía)

³⁸ ibíd. “Y yo no sabía por qué nombre llamar, y exclamé, doliéndome: “¡Amor mío!”

Mujer revelada apenas en la muerte, Diadorín no es nada menos que la redención de Riobaldo por el mero hecho de existir. Figura crística, muerta para vengar el padre, sacrificando los sentimientos, el amor, la aspiración a la unión con el hombre que ama, muere en la batalla como mártir: Deo-dorina, a Dios dada, con el nombre que es el nombre de su misión.³⁹

El destino trágico de María Deodorina/Diadorín es resultado de una imposición que la victimiza y que está registrada en su certificado de Bautismo: “*De Maria Deodorina da Fé Bettancourt Marins – que nasceu para o dever de guerrear e nunca ter medo, e mais para muito amar, sem gozo de amor...ser mulher “que nasceu para o dever de guerrear e nunca ter medo, e mais para muito amar, sem gozo de amor...ser mulher”*”.⁴⁰ La fidelidad a esta identidad sella su misión y su destino, que, a su vez, será la salvación de Riobaldo.

En las formulas y metáforas de Diadorín, las andanzas de los yagunzos y, más tarde, la venganza del padre Joca Ramiro aparecen como tareas sacrosantas, ennoblecidas por el sacrificio de la felicidad personal. Ellas son fuertemente tenidas por el espíritu de la caballería andante y de la guerra santa medioevales que representan la violencia guerrera como una misión ordenadora universal, atribuida a los representantes de Dios en la Tierra, a los reyes y emperadores.⁴¹

La revelación del nombre y de la identidad de Diadorín primero enmudecen Riobaldo, que se niega a aceptar la muerte de su amada: “*Não escrevo, não falo – para assim não ser: não foi, não é, não fica sendo! Diadorín.*”⁴² Pero él percibe enseguida, con estupor, que Diadorín “*era o corpo de uma mulher, moça perfeita*” ...⁴³ Y en una escena de amor de indecible fuerza y belleza, toca castamente las carnes ensangrentadas y el cuerpo herido y muerto de la mujer guerrera y deja salir de sus labios la declaración de amor tan contenida y torturante, que hace tanto tiempo llevaba adentro de sí.

Eu estendi as mãos para tocar naquele corpo, e estremecei, retirando as mãos para trás, incendiável: abaixei meus olhos. E a Mulher estendeu a toalha, recobrando as partes. Mas aqueles olhos eu beijei, e as faces, a boca. Adivinhava os cabelos. Cabelos que cortou com tesoura de prata... Cabelos que, no só ser, haviam de dar para baixo da cintura... E eu não sabia

³⁹Cf ibid p 615, el comentario de la mujer que la lava y prepara para ser enterrada “*A Deus dada. Pobrezinha...*” (A Dios dada. Pobrecita.)”

⁴⁰ ibid p 870 “De Maria Deodorina da Fé Bettancourt Marins – que nació para el deber de guerrear y nunca tener miedo, y más para mucho amar, sin gozo de amor...ser mujer “que nació para el deber de guerrear y nunca tener miedo, y más para mucho amar, sin gozo de amor.”

⁴¹ Kathrin Rosenfield, p. 60. *Os descaminhos do demo*. Rio de Janeiro: Imago; São Paulo: EDUSP, 1993.

⁴² Ibid 870 “No escribo, no hablo, para así no ser. No fue, no es, no queda siendo. Diadorín”

⁴³ ibid 861 “...era el cuerpo de una mujer, moza perfecta”

por que nome chamar; eu exclamei me doendo: – “Meu amor!...”⁴⁴

La revelación del amor en la muerte de la mujer amada redime a Riobaldo, que decide abandonar la yagunzaje y recibe otra revelación: el demonio no existe. El lugar donde hiciera su pacto con el Padre de la Mentira, Veredas Muertas, en verdad se llama Veredas Altas. O sea, el lugar del demonio no existe. Por lo tanto, este tampoco existe. El comienzo de la descreencia en el demonio va a ser el camino por el cual Riobaldo va a poder entrar en una nueva vía de conocimiento y comprensión del mundo. Un mundo donde nada es fijo, todo es “de manera incierta”, todo cambia y se transforma y las personas todavía no han sido terminadas. Y donde la oración salva diariamente el convertido Riobaldo, que de yagunzaje ya no quiere saber. *Mas ninguém não pode me impedir de rezar; pode algum? O existir da alma é a reza.... Quando estou rezando, estou fora de sujidade, à parte de toda loucura. Ou o acordar da alma é que é?*⁴⁵

Esa travesía por adentro del misterioso amor que solo muestra su verdadero rostro en la muerte tendrá, igualmente como consecuencia la percepción por parte de Riobaldo que el demonio, como síntesis del mal, en su esencia es nada. Siendo o pretendiendo ser anulación del ser, el demonio propiamente no existe. Riobaldo, que en el comienzo del libro afirma ya haber perdido la fe en el demonio, “*mercês de Deus*”⁴⁶, acabará afirmando que el diablo no pasa de un estado de espíritu del mismo ser humano. El diablo será el reverso y lo ruin de lo humano. ¡Sin las maldades del mismo hombre, no hay demonio!⁴⁷

Redimido y salvado por el don de la vida de Diadorín, Riobaldo se casa con Otacilia y se convierte en narrador que el doctor – lector y oyente – a quien se dirige a lo largo de toda la narrativa, escuchara, aprendiendo así toda su historia. Las experiencias del pasado son argüidas en el presente, por Riobaldo, a través de un conjunto de angustiadas interrogaciones sobre el destino individual y sobre la condición humana, sobre Dios y el diablo, sobre el amor y el odio, sobre el pasaje del tiempo y la

⁴⁴ ibíd. 862 “Yo extendí las manos para tocar en aquel cuerpo, y estremecí, retirando las manos para atrás, incendiabile: bajé mis ojos. Y la Mujer extendió la toalla, recubriendo las partes. Pero aquellos ojos yo bese, y la cara, la boca. Adivinaba los cabellos. Cabellos que ha cortado con tijera de plata...Cabellos que, solo en ser, habían de dar para abajo de la cintura...Y yo no sabía por qué nombre llamar; yo exclame doliéndome: ‘¡Amor mío!’”

⁴⁵ ibíd. p 869 Pero nadie me puede impedir de rezar. ¿Puede alguien? El existir del alma es el rezo...cuando estoy rezando estoy fuera de suciedad, aparte de toda locura. ¿O el despertar del alma, que es?

⁴⁶ *Ibid.* p 2 “merced de Dios”

⁴⁷ Cf. Itacir Brassiani, “O diabo não há. Existe é homem humano! ”. Apontamentos sobre o demônio em Grande Sertão Veredas, *Estudos Bíblicos* (2002) pp 11-22

muerte. Pasado y presente, en permanente contraposición, forman la totalidad de la obra. Amante y amado en una aventura de amor totalizante, Riobaldo conoce ahora realmente que es el amor, un amor que no se agota en los límites de la sexualidad, pero que por ella pasa a fin de poder fundar el futuro.

La experiencia de absoluto, que ha atraído Riobaldo y le ha enloquecido el corazón y los sentidos, también lo hizo descreer del demonio y comenzar lentamente la travesía, para creer en lo humano – carne informada por el espíritu - como mediación privilegiada para Dios, capaz de superar toda culpa y auto-condenación y encontrar un sentido para la vida.

Diadorín: el nombre que en sí encierra la totalidad del amor

Por ser total, Diadorín encierra en sí mismo la unidad y la pluralidad: es mujer y hombre, mujer que se viste de hombre; guerrera y suave que ama Riobaldo, pero que tiene que cumplir masculina misión: guerrear y vengar por las armas al padre muerto por bandidos. Hace cosas propias de mujer, como cortar pelos, acariciar, lavar ropas. Pero también tiene una pulsión guerrera y una sed de guerrear que impresionan Riobaldo. Pero el mismo observa que su odio es en verdad ira que espera, misión que tiene que ser cumplida.

Riobaldo, por lo tanto, al evocar y recordar toda su vida, busca penetrar en el sentido de todo lo que le sucediera. Autónomo, porque culto e instruido, se debate en inquietudes vitales que atormentan su conciencia, entre las cuales están: la existencia o no del demonio; la naturaleza nebulosa de las relaciones entre el Bien y el Mal; el sentido de su vida en cuanto yagunzo; el significado del sentimiento que ha experimentado por Diadorín. Todo eso, en verdad, apunta para una ansiada búsqueda de explicación para la condición humana y sus porqués.

La presencia (o la ausencia) del demonio y del mal constituye el núcleo existencial, filosófico e histórico-cultural de la obra rosiana. Ya en el mismo epígrafe se encuentra la interrogación que cruza toda la novela: “*O diabo na rua, no meio do redemoinho...*”⁴⁸ Riobaldo enfrenta y evoca decenas de veces la figura del Demonio, del Arrenegado, del Cosa ruin, para inmediatamente después renegar de él, aunque en su

⁴⁸ El diablo en la calle en medio del remolino.

hablar persista siempre una duda, que en verdad es una profesión de fe: “*Eu pessoalmente quase que já perdi nele a crença, mercês a Deus.*”⁴⁹

En verdad, Riobaldo está todo el tiempo exorcizando su culpa: culpa de haber hecho pacto con Satanás en Veredas Muertas; culpa de haberse endurecido y hecho cruel, desalojando Ze Bebelo del comando del grupo, secuestrando la mujer de Hermógenes y atrayéndolo después para una emboscada; culpa de la atracción irresistible que sentía por Diadorín y que lo hacía arder entero de deseo y de amor:

“De um aceso, de mim eu sabia: o que compunha minha opinião era que eu, às loucas, gostasse de Diadorín, e também, recesso dum modo, a raiva incerta, por ponto de não ser possível de ele gostar como queria, no honrado e no final. Ouvido meu retorcia a voz dele. Que mesmo no fim de tanta exaltação, meu amor inchou, de empapar todas as folhagens, e eu ambicionando de pegar em Diadorín, carregar Diadorín nos meus braços, beijar, as muitas demais vezes, sempre.”⁵⁰

Sintiendo culpa y experimentándose, sin embargo, atraído por el amor y por el bien, al mismo tiempo que temeroso de ellos e inclinándose para el mal como camino más de victoria y de triunfo, Riobaldo va al fondo de la experiencia del riesgo y del peligro de la vida: riesgo y peligro bellos, pues que son lo que hace con que la vida –a pesar de peligrosa– sea santa, pese a todas las caídas.⁵¹

La visión que Riobaldo tiene de Diadorín es la de lo humano y lo sagrado imbricados, indistintos: para el amante, el ser amado es la transparencia del mundo. Lo que se transparenta en el ser amado... es el ser pleno, ilimitado, que la discontinuidad personal ya no limita; es la continuidad del ser, entrevista como liberación a partir del ser amado.⁵²

Y es en la muerte que Diadorín se convierte para siempre en parte de Riobaldo. Estará siempre viva en él. En la imposibilidad de la felicidad del amor humano para ambos, Riobaldo percibe que este amor es santo y configura su narrativa con esta santidad, en un “éxtasis para el origen único de todo lo que existe, lejos de los cuerpos y

⁴⁹ *Grande Sertão: Veredas* p 622 “Yo personalmente ya casi he perdido la fe en él, merced de Dios”

⁵⁰ *Grande Sertão: Veredas* pp 592-593” De un encendido en mí yo sabía: lo que componía mi opinión era que yo, a lo loco, amara Diadorín y también, de un modo particular, la rabia incierta, por punto de no ser posible a él querer como quería, en lo honrado y en el final. Oído mío se retorcia su voz. Que aun al final de tanta exaltación, mi amor ha inflamado, de empapar todas las hojas, y yo ambicionando de agarrar a Diadorín, cargar Diadorín en mis brazos, besarlo, las muchas demasiadas veces, siempre.:

⁵¹ *ibíd.* p 15: *Viver é muito perigoso... Querer o bem com demais força, de incerto jeito, pode já estar sendo se querendo o mal, por principiar.* (Vivir es muy peligroso... Querer el bien con demasiada fuerza, de manera incierta, puede ya estar siendo querer el mal por principiar.

⁵² Georges Bataille, *O erotismo*. 3. ed. Lisboa: Antígona, 1988, p.19

de la materia, lejos de lo que divide y distingue, más allá de la infelicidad de ser lo que se es y de ser dos en el mismo amor”.⁵³

En verdad, debido a la ambivalencia que descubre presente en todas las cosas, Riobaldo ve la acción del diablo por todas partes, “*mezclado en todo*”⁵⁴ En la narrativa rosiana, el diablo sintetiza y personifica el mal en la travesía que el héroe hace para Dios y para su madurez humana. También para la teología cristiana, el diablo y el demonio son parte de los símbolos bíblicos del mal y expresan una realidad que trasciende expresiones contingentes y parciales, dividiendo, mintiendo, obstaculizando la emergencia del bien.

Conclusión: hombre humano – morada de Dios

Aunque en la obra rosiana, lo ambiguo y lo nebuloso dominen; aunque Riobaldo se muestre ambivalente y llegue a dudar mismo de la existencia o no existencia del Demonio, la novela va dejando en claro, en verdad, el no efectivo pacto con el Demonio ya que puede “confesarse” y testimoniar frente a aquel que lo escucha.⁵⁵ Riobaldo sigue siendo señor de su lenguaje y va construyendo la narración para el “doctor” que es su receptor. No fue dominado ni enmudecido por el demonio, que impide el habla coherente y es el Padre de la Mentira. Por lo tanto, no está poseído por ese mismo demonio en el presente de la narrativa al que el lector tiene acceso. Al narrar su intento de pacto con el demonio, Riobaldo reconoce que obtuvo por respuesta un gran silencio, un silencio particularmente elocuente: “*O senhor sabe o que o silencio é? É a gente mesmo, demais.*”⁵⁶

Por lo tanto, si pacto no ha habido, la responsabilidad por los actos crueles y violentos cometidos durante su vida de yagunzo no puede ser atribuida al diablo y a la posesión demoníaca. Las fuerzas oscuras y turbias nacen en verdad en el interior del mismo individuo. Así afirma Riobaldo: “*...o diabo vige dentro do homem, os crespos do homem – ou é o homem arruinado, ou o homem dos avessos. Solto, por si, é que não tem diabo nenhum.*”⁵⁷

⁵³ Denis de Rougemont, *O amor e o ocidente*. Tradução de Paulo Brandi e Ethel Brandi Cachapuz. Rio de Janeiro: Guanabara, 1988, p 48

⁵⁴ GSV P 4

⁵⁵ Cf. El artículo de Marcio Seligman-Silva, Grande Sertão-Veredas como gesto testemunhal e confessional, in *Alea*, vol. 11, n. 1, (janeiro-junho de 2009) pp 130-147

⁵⁶ GSV, p 371

⁵⁷ Ibid p 621

El compadre Quelemem afirma que Riobaldo compra el alma y no la vende, y eso le concede la gracia de mirar el mundo desde una óptica positiva. A través de su relato y con el ensanchamiento de su comprensión, se libera del miedo al Diablo, elimina la sensación de culpa. Es más: reconoce que su aprendizaje fundamental se ha dado en el amor por y con Diadorín. Este amor totalmente gratuito y hecho de oblación, donde amado y amante trascienden los límites y códigos, incluso el código de la genitalidad va a devolver la paz a Riobaldo hecho resurrección y consolación. Diadorín muere y Riobaldo sufre su muerte y la frustración del amor esponsal no realizado. Pero Diadorín se hará presente en toda la realidad y todo el mundo donde Riobaldo habite, libre de culpas y miedos, en eterna compañía de su amado/amada siempre vivo/viva.

Riobaldo así termina su confesión y testimonio afirmando su fe y confianza en el “hombre humano”, que es el único que realmente existe, el único interlocutor de Dios que da sentido a todas las cosas y es capaz de transfigurar un amor “perdido” en vida plena.

Esa profesión de fe en lo humano acerca de forma clara la literatura de Guimarães Rosa a la Teología, ya que ambas, afirmando el peligro y el riesgo de vivir, afirman la libertad del ser humano que puede elegir el mal y no el bien. Cargando el peso en su intimidad y viendo en el mundo el bien y el mal, el hombre y la mujer escogen, en el ambiguo ambiente de la vida, sus caminos. Esos caminos serán muchas veces confusos y oscuros, haciendo con que “vivir sea muy peligroso”.

Pero hay redención para este peligro, una vez que Riobaldo va caminando – marcado indeleblemente por el infinito amor experimentado y vivido– que el diablo no es digno de creencia, mientras Dios sí lo es. Confiesa ya haber casi perdido la creencia en el demonio, gracias a Dios (“já perdi quase nele a crença, mercês de Deus.”) A pesar de ser jefe del bando de yagunzos, Riobaldo no ha conseguido impedir que Diadorín, su gran amor, muriera en la lucha contra Hermógenes. Aun así, crece en la convicción de que el diablo, si existe, es mero figurante secundario y no existe en consistencia ni de hecho.

Y ese hombre humano, capaz de maldad y crueldad, de violencia y de perversidad, es el mismo capaz del don de sí y del amor hasta la muerte, sin gozo y solamente con pasión padecida, tal como está encarnado en Diadorín – a Dios dada. Morada de la eterna lucha entre bien y mal, pecado y gracia, el ser humano del cual Riobaldo es prototipo sigue su camino, eligiendo qué veredas tomar en su viaje en búsqueda de sentido, de respuesta para sus indagaciones. La Teología es invitada

humildemente a organizar reflexión y discurso para decir esta experiencia de Dios cargada de ambigüedades y belleza con rigor y coherencia.

El amor de Riobaldo y Diadorín es un amor a Dios dado, tal como el nombre que la misma Diadorín recibió en su Bautismo. Y ese amor no es vencido por la muerte, sino que él la vence por la *travesía* pascual que transfigura toda realidad. Mientras el pacto con el diablo se deshace y pierde consistencia delante de Riobaldo, la gracia y el amor crecen y le bañan la mirada para ver la diafanidad divina en un mundo todavía atravesado por el pecado, pero ya resucitado por el Dios vivo.